

tas campañas no hay algunas veces mas que un paso muy corto, de la historia al romance. Cortés sintió mucho la pérdida de los caballos, tan importantes y tan pocos en número, en términos, que mas bien hubiera dado la vida del mejor cabalgador de la tropa.

La lucha fué muy empeñada, y sus pormenores tan extraños como ningunos de los que refieren los romances españoles, en los cuales un puñado de caballeros hace frente á legiones de enemigos. Las picas de los cristianos hicieron aquí tambien terrible estrago; pero habrían necesitado de la mágica lanza de Adolfo, que arrojaba por tierra á millares de adversarios de un solo golpe, para quedar salvos en tan desigual contienda. Por lo mismo no vieron con poca satisfaccion á sus camaradas que avanzaban á protegerlos.

No bien habia llegado el cuerpo principal al campo de batalla, cuando formándose apresuradamente arrojaron una lluvia de balas de sus fusiles y halletas que hizo vacilar al enemigo. Asombrados mas bien que intimidados con la horrible detonacion de las armas de fuego, escuchada entonces por la primera vez en estas regiones, no hicieron los indios mayores esfuerzos para continuar el combate, sino que se retiraron en buen orden dejando el campo libre á los españoles, y estos, bastante satisfechos de haberse libertado de aquel peligro para querer perseguirlos, volvieron á continuar su marcha.

Pasaron entonces por un país poblado de cabañas indias, situadas entre florecientes campos sembrados de maiz y magueyes, que indicaban una industriosa poblacion. Fueron aquí encontrados por dos enviados tlascaltecas, acompañados de dos de los cempoaltecas. Presentáronse los primeros al general, disculpándose del ataque dado á sus tropas, calificándolo de un acto no autorizado, y asegurándole seria recibido amigablemente en la capital. Cortés recibió esta manifestacion de una manera muy atenta, afectando tener en su buena fe mas confianza de la que probablemente sentia.

Estaba cerca de concluir la tarde, y los españoles violentaron su marcha, deseosos de llegar á un lugar á propósito para acampar antes de que anocheciera. Encontráronlo en las márgenes de un arroyo que tårdamente serpenteaba por la llanura. Unas cuantas chozas abandonadas se veian en la ribera, y los fatigados y hambrientos soldados las recorrieron una á una en busca de alimentos. Todo lo que pudieron encontrar fué algunos animales domésticos semejantes á los perros. Los mataron y prepararon sin ceremonia, sazonzando su desabrida comida con el fruto de la tuna ó higo indio, que crece silvestre en las inmediaciones; así satisficieron la necesidad del apetito. Desplegó Cortés una vigilancia escrupulosa: compañías de cien hombres cada una se relevaron á montar la guardia toda la noche; pero ningun ataque sufrieron, pues las hostilidades nocturnas eran contrarias al sistema de la táctica india (20).

(20) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 50.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 62.—Gomara, Crónica, cap. 45.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3 y 41.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 10.

Al romper la mañana del día siguiente, que era el 2 de septiembre, se pusieron las tropas sobre las armas. Además de los españoles, el total número de indios auxiliares podia entonces ascender á tres mil, pues Cortés habia sacado reclutas de los lugares que en su tránsito le habian recibido amistosamente; habiendo tomado trescientos en el último. Después de asistir á misa volvieron á emprender la marcha. Caminaban en orden de batalla, amonestados previamente los soldados por el general de que no se quedaran atrás, ó separasen de sus filas un momento, pues estaba seguro de que aquellos que lo hicieran serian envueltos por sus ocultos y vigilantes enemigos. La caballería marchaba de tres en tres, que era el mejor modo de auxiliarse unos á los otros, instruidos de que en el ardor de la pelea se conservasen unidos y nunca cargaran separadamente. Enseñóles el modo de llevar las lanzas, para que los indios no se las pudieran quitar de las manos, como constantemente intentaban. Por la misma razon debian evitar el dar estocadas y procurar asestar sus armas directamente al rostro de los enemigos (21).

No habian alejádose mucho, cuando fueron encontrados por los otros dos enviados cempoaltecas, quienes con señales de terror informaron á Cortés de que pérfidamente habian sido aprisionados y encarcelados, con el objeto de sacrificarlos en una próxima festividad de los tlascaltecas; pero que en la noche habian conseguido fugarse. Dieron tambien la desagradable noticia de que una grande fuerza de los nativos estaba ya reunida para oponerse á la marcha de los españoles.

Poco después avistaron un cuerpo de indios compuesto, al parecer, de cerca de mil hombres, que en señal de desafío blandian sus armas, al paso que los cristianos se acercaban. Cuando estuvo Cortés á una distancia en que pudiera ser oído, mandó al intérprete proclamar que no tenia intenciones hostiles, sino que solo deseaba se le permitiera pasar por el país al cual habia entrado como amigo; y mandó al escribano real Godoy, anotara esta declaracion allí mismo, á fin de que la sangre que se derramase no se imputara á los españoles. Esta manifestacion pacifica, fué contestada, como sucedia comunmente en tales ocasiones, con una multitud de dardos, piedras y flechas, que caian como lluvia sobre los españoles, sonando en sus fuertes armaduras y algunas veces penetrando sus cuerpos. Instigados por el dolor de las heridas, pedian al general los condujera al combate, hasta que sonó en sus oidos el bien conocido grito de guerra, „Santiago y á ellos” (22).

Los indios sostuvieron el campo por un rato con valor, y luego se retiraron precipitadamente, pero no en desorden (23). Los españoles, cuya sangre estaba enardecida por el encuentro, continuaron su victoria con mas celo que pru-

(21) „Que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parassen á dar lanzadas, porque no les echassen mano dellas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 62.

(22) „Entonces dijo Cortés, „Santiago, y á ellos.” Ibid., cap. 63.

(23) „Una gentil contienda,” dice Gomara, hablando de esta accion. Crónica, cap. 46.

dencia, permitiéndole que el astuto enemigo los condujese á una estrecha cañada ó desfiladero, interceptado por un pequeño arroyo, cuyo quebrado terreno era muy desfavorable para la artillería y para los movimientos de la caballería. Avanzando con el fin de salir de esta peligrosa posición, y al voltear un ángulo del camino, vieron un numeroso ejército cerrando la garganta del valle, y extendiéndose sobre las llanuras que le seguían. A los asombrados ojos de Cortés parecieron cien mil hombres, siendo así que ningún cálculo los estima en más de treinta mil (24).

Presentaban un confuso conjunto de yelmos, armas y plumas de muchos colores que brillaban con el sol de la mañana, mezclados de estandartes, entre los cuales flameaba orgullosamente uno que tenía por divisa una garza sobre una roca. Era la insignia bien conocida de la casa de Títcala; que así como las líneas blancas y amarillas que tenían pintadas los indios en sus cuerpos, y los mismos colores en sus cotas de pluma, manifestaban que eran los guerreros de Xicotencatl (25).

Luego que divisaron á los españoles, prurupieron en un horrible grito de guerra, ó más bien, tocaron un instrumento que hería el oído con su aspereza, y cuyo sonido con el toque de sus melancólicos tambores, que podía ser escuchado por más de legua y media (26), era capaz de llenar de terror al corazón más resuelto. Dirigióse esta formidable hueste sobre los cristianos, como si fuera á oprimirlos con su número; pero el valeroso puñado de guerreros castellanos, cerrados estrechamente unos con otros, y cubiertos con sus fuertes armaduras, recibían firmes el choque, al mismo tiempo que las masas desordenadas de los indios,

(24) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 51. Según Gomara, (Crónica, cap. 46,) el enemigo contaba ochenta mil hombres, y lo mismo dice Ixtlilxochitl. (Historia chich., MS., cap. 83.) Bernal Díaz asegura, que eran más de cuarenta mil; (Hist. de la conquista, cap. 63;) pero Herrera, (Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 5,) y Torquemada (Monarquía ind., lib. 4, cap. 20) reducen el número á treinta mil. Sería tan fácil contar las hojas de un bosque como las confusas filas de los bárbaros. Como este solo era uno de los varios ejércitos mantenidos por los Tlascaltecas, la suma menor de las sobredichas es probablemente excesiva, pues toda la población del Estado, según Clavijero, quien probablemente no había de reducirla á menos de la que realmente era, no excedía de medio millón. Stor. del Messico, tom. I, p. 156.

(25) „La divisa y armas de la casa y cabecera de Títcala, es una garza blanca sobre un peñasco.” (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) „El capitán general,” expresa Bernal Díaz, „que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga.” Hist. de la conquista, cap. 63.

(26) „Llaman Teponaztle que es de un trozo de madero concavado y de una pieza, rollizo y como decimos, hueco por dentro, que suena algunas veces más de media legua, y con el atambor hace extraña y suave consonancia.” (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) Clavijero que trae un dibujo de este mismo tambor, dice que todavía es usado por los indios, y que puede oírse á dos ó tres millas. Stor. del Messico, tom. II, p. 179.

cargando y acometiendo á los cristianos por todas partes, parecía que solo retrocedían para volver con nueva y acumulada fuerza.

Cortés siempre el primero en los peligros, en vano procuraba á la cabeza de la caballería abrir paso al resto del ejército. Todavía sus soldados, así los infantes como los de á caballo, conservaban su formación en orden de batalla, no ofreciendo al enemigo punto alguno vulnerable. Sin embargo, un cuerpo de tlascaltecas, obrando de concierto, asaltaron á un soldado llamado Moran, uno de los mejores ginetes de la tropa. Lograron arrojarle del caballo, al que dieron muerte con mil heridas. La infantería española hizo un desesperado esfuerzo para rescatar á su camarada de las manos del enemigo y del horrible destino de los prisioneros, comenzando entonces una sangrienta lucha sobre el cuerpo del derribado animal. Diez españoles fueron heridos al libertar de sus asaltantes al desgraciado caballero, quien quedó en un estado tan desastroso, que al día siguiente murió. El caballo fué llevado en triunfo por los indios, y sus mutilados restos fueron enviados como extraño trofeo á las diferentes ciudades tlascaltecas, circunstancia que disgustó mucho al comandante español, como que privaba al animal del terror sobrenatural con que la superstición de los nativos lo había rodeado. Para impedir esto, había prevenido que los dos caballos muertos el día anterior, fueran enterrados secretamente en el mismo lugar.

Arrollado el enemigo por la caballería, y despedazado por las herraduras de sus fogosos corceles, gradualmente comenzó á ceder el campo. En todo este terrible encuentro, los indios aliados fueron de gran servicio á los españoles. Se arrojaban al agua, acometiendo á sus adversarios con la desesperación de hombres que conocían „que su única seguridad estaba en la poca esperanza que alimentaban de salvarse” (27). „No veo sino la muerte para nosotros,” dijo un jefe cempoalteca á Marina; „nunca conseguiremos pasar vivos.” „El Dios de los cristianos está con nosotros,” contestó la intrépida muger, „y él nos conducirá salvos y seguros” (28).

En el estruendo del combate se escuchaba la voz de Cortés alentando á sus soldados. „Si sucumbimos ahora,” exclamaba, „la cruz de Cristo nunca podrá plantarse en el país. Adelante, camaradas. ¿Cuándo se ha oído que un castellano vuelva la espalda al enemigo?” (29). Animados los españoles con las palabras y heroica conducta de su general, después de desesperados esfuerzos lograron al fin forzar un paso por entre las espesas columnas del enemigo y salir del desfiladero á un extenso llano.

Aquí recobraron luego su acostumbrada confianza, conociendo la superioridad

(27) „Una illis fuit spes salutis, desperasse de salute.” (P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 1, cap. 1.) Está dicho esto con la energía clásica de Tácito.

(28) „Respondióle Marina, que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso, y los quería mucho, los sacaría de peligro.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 5.

(29) Ibid, ubi supra.

que tenían sobre sus contrarios. Pronto despejó la caballería un espacio para las maniobras de la artillería. Las apiñadas filas de sus antagonistas presentaban un blanco seguro, y el trueno de los cañones que vomitaban torrentes de fuego y humo, causaba la mayor desolación entre los bárbaros, así como los miembros horrorosamente mutilados de los muertos, los llenaban de consternación y espanto. No tenían armas que oponer á estas terribles máquinas, y aun sus toscas flechas descargadas con incierta mano, parecía que caían ineficaces sobre las encantadas cabezas de los cristianos. Lo que aumentaba su embarazo, era el deseo de sacar del campo á los muertos y heridos, costumbre general entre los pueblos del Anáhuac, que necesariamente los exponía á mayores pérdidas.

Ocho de los principales gefes yacían tendidos en el polvo, y Xicotencatl, conociendo que no podía hacer frente á los españoles en un campo abierto, ordenó la retirada. Lejos de la confusión que acompaña al pánico terror que por lo común se apodera de las masas entre los bárbaros, los tlascaltecas se alejaron del campo con todo el orden de un ejército bien disciplinado. Cortés, lo mismo que el día anterior, estaba demasiado satisfecho de las ventajas conseguidas para que intentara llevarlas adelante. No faltaba mas que una hora para que el sol llegase á su ocaso, y deseaba antes de que oscureciese, tomar una buena posición donde pudiera refrescar sus fatigadas tropas y vivaquear aquella noche (30).

Recogiendo los heridos, emprendió su marcha sin pérdida de tiempo, y antes de que faltara la luz llegó á una eminencia peñascosa, llamada *Tzompachtepetl*, ó „el cerro de Tzompach.“ En su cumbre se elevaba una especie de torre ó templo, cuyos restos son todavía visibles (31). Cuidó primero tanto de los hombres como de los caballos heridos. Afortunadamente encontraron abundancia de provisiones en algunas chozas vecinas; y al fin todos los soldados que no estaban imposibilitados por sus heridas, celebraron la victoria del día con fiestas y regocijos.

El número de muertos y heridos por ambas partes, es objeto de muy vagas conjeturas. Los indios debieron sufrir mucha pérdida; pero la práctica de recoger los cadáveres, hizo imposible saber cuál fué. La experimentada por los españoles parece haber consistido principalmente en el número de heridos, pues el grande objeto de los indios en las batallas, era hacer prisioneros que pudieran proclamar sus triunfos y servir de víctimas para el sacrificio; á esta brutal superstición debieron no poco los cristianos su conservación personal. Si diéramos crédito al dicho de los conquistadores, sus pérdidas eran siempre inconsiderables; pero todo el que ha tenido ocasión de consultar los antiguos historiadores, sobre sus guerras con los infieles, así árabes como americanos, confiará poco en la enumeración que hacen de sus muertos y heridos (32).

(30) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3 y 45.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 51.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 63.—Gomara, Crónica, cap. 40.

(31) Viaje de Cortés, en Lorenzana, p. ix.

(32) Segun Cortés, ningun español murió, aunque muchos fueron heridos en esta

Los acontecimientos del día habían sugerido á Cortés varias reflexiones penosas. Había encontrado aquí una resistencia tan determinada dentro de los límites del Anáhuac; aquí había hallado tropas formidables por sus armas. Lejos de manifestar los terrores supersticiosos que concibieron los otros indios por las extrañas armas y aspecto de los españoles, los tlascaltecas habían luchado bizarramente, y solo sucumbido por la inevitable superioridad de la ciencia militar de sus contrarios. ¡Cuán importante podría ser la alianza de tal nación en la guerra con los de su propia raza, por ejemplo, con los aztecas! ¿Pero cómo asegurar su amistad? Hasta entonces todas sus ofertas habían sido rehusadas con desden; y parecía probable que cada paso de su marcha en este populoso país sería disputado con valor. Su ejército, especialmente el de los indios aliados, celebró los acontecimientos del día con fiestas y danzas, con cantos de alegría y gritos de triunfo. Cortés los alentaba, pues conocía cuán importante era conservar vivo el ardor de sus soldados; pero al fin los sonidos de la fiesta se extinguieron, y en las vigiliás de la noche, muchos dudosos pensamientos debieron haberse acumulado en la mente del general, mientras el pequeño ejército se hallaba sumergido en el sueño, en su campamento, alrededor de la colina.

acción tan fatal á los infieles. Diaz concede que murió uno. En la famosa batalla de Navas de Tolosa, el año de 1212, entre los españoles y los árabes, igualmente expertos en la ciencia militar de aquel tiempo, quedaron en el campo doscientos mil de los últimos; y para compensar este sangriento catálogo solo murieron veinticinco cristianos. Véase este cómputo en la verídica carta de Alfonso IX, en Mariana (Hist. de España, lib. 2, cap. 24). Las aseveraciones de los antiguos cruzados castellanos, así en el antiguo como en el Nuevo Mundo, casi son tan poco dignas de crédito, como las que contiene un Boletín imperial francés de nuestros días.